**Interactivo F13: Webquest**

**\*** Nombre del guión a que corresponde el ejercicio

LE\_11\_01\_CO

**DATOS DEL RECURSO**

**\*** Título del recurso (**65** caracteres máx.)

La tragedia griega

**\*** Descripción del recurso

Interactivo que te llevará a conocer más sobre la tragedia griega

**\*** Palabras clave del recurso (separadas por comas ",")

“Tragedia griega, literatura de la Antigua Grecia, literatura griega, dramática griega, dramática de la antigua Grecia”

**\*** Tiempo estimado (minutos)

60

**\*** Acción didáctica (indicar sólo una)

|  |  |  |  |  |  |  |  |
| --- | --- | --- | --- | --- | --- | --- | --- |
| Exposición | x | Ejercitación |  | Preguntas con respuesta libre |  | Juegos |  |
| Estudio |  | Proyecto |  | Evaluación |  | Generador de actividades |  |

**\*** Competencia (indicar sólo una)

|  |  |  |  |
| --- | --- | --- | --- |
| … en comunicación lingüística | x | … matemática |  |
| … en el conocimiento y la interacción con el mundo físico |  | Tratamiento de la información y competencia digital |  |
| … social y ciudadana |  | … cultural y artística |  |
| … para aprender a aprender |  | Autonomía e iniciativa personal |  |

**\*** Tipo de Media (indicar sólo una)

|  |  |  |  |  |  |  |  |
| --- | --- | --- | --- | --- | --- | --- | --- |
| Secuencia de imágenes |  | Video |  | Animación |  | Interactivo | x |
| Actividad |  | Web |  | Mapa conceptual |  | Audio |  |
| Texto |  | Imagen |  | Documento |  |  |  |

**\*** Nivel del ejercicio, 1-Fácil, 2-Medio ó 3-Difícil

3

**FICHA DEL PROFESOR**

**Objetivo**

El propósito de este interactivo es que los estudiantes conozcan los conceptos relacionados con el espíritu trágico griego y lean algo de la obra de los tres principales poetas trágicos clásicos: Esquilo, Sófocles y Eurípides.

**Propuesta**

El interactivo consta de un menú con tres entradas, cada una de las cuales lleva a un fragmento de una obra de los tres poetas trágicos griegos: *Agamenón* de Esquilo, *Edipo rey* de Sófocles e *Ifigenia en Áulide* de Eurípides.

**Antes de las lecturas**

Dialogue con los estudiantes acerca del contenido de la ficha del estudiante. Pregúnteles sobre lo que ellos piensan del destino y la fatalidad. Discutan también sobre el sentido de lo heroico: ¿qué es para ellos un héroe? ¿Qué diferencias existen entre el héroe griego y el actual? ¿Qué diferencias hay entre los héroes griegos y los superhéroes de las historietas y películas de hoy? Igualmente, pueden discutir acerca del sentido griego del honor y del deber, en comparación con la realidad de estos conceptos en el mundo actual.

Invítelos a investigar sobre la vida de los tres grandes trágicos y sobre el argumento de las obras cuyos fragmentos van a leer en el interactivo. Motívelos para que investiguen sobre las dos historias míticas que sirven de marco a estas obras dramáticas: el mito de Edipo y el mito de la condena de los Átridas (familia de Atreo).

**Después de las lecturas**

Lean los textos. Discuta con los estudiantes acerca del contenido de cada fragmento. Ponga especial atención en el significado de lo que dicen los personajes en las obras. En relación con el fragmento de *Agamenón* de Esquilo, hágales caer en cuenta de que esta es la primera de una trilogía en la que el tema central es la evolución del concepto de justicia. Cuénteles que en la segunda tragedia de la trilogía, *Las Coéforas*, Clitemnestra y Egisto caen víctimas de la revancha de Electra y Orestes, quienes vengan la muerte de su padre, Agamenón; y que en la tercera, *Las Euménides*, Orestes es juzgado en el tribunal de la diosa Atenea (el Aerópago), defendido por Apolo y acusado por las Erinias (fuerzas justicieras de los delitos de consanguineidad), donde el orden universal es restituido por la justicia y se logra la reconciliación. Convoque a los estudiantes a disertar sobre el tema de la justicia y sobre la posición de los personajes ante los hechos: ¿por qué la venganza de Clitemnestra en lugar de ser un acto de justicia, como ella cree, desemboca en otra venganza? Recuérdeles que el coro es un grupo de ancianos que representan al pueblo y su sabiduría. Póngalos al tanto de que en el mito, antes del sacrificio, Artemisa sustituye a Ifigenia por un ciervo y la lleva a Táuride. A la luz de esto último, pídales que reflexionen sobre el sentido de las venganzas perpetradas.

Sobre *Edipo rey* de Sófocles, plantee los siguientes puntos de discusión:

* La incertidumbre del ser humano ante la vida.
* La imposibilidad del ser humano de discernir su situación, su ceguera ante su posición en el mundo.
* El problema de la verdad y su búsqueda hasta las últimas consecuencias.
* La inevitabilidad del dolor y la tragedia.
* El problema de la justicia: en ocasiones, se interpretan mal los hechos y se emiten condenas injustas (Edipo condena el crimen sin considerar que pudo haberse dado en defensa propia).

En relación con *Ifigenia en Áulide* de Eurípides, pídales a los estudiantes reflexionar sobre los siguientes aspectos:

* El problema del bien público sobre el bien particular
* El sentido del deber en Agamenón y su sacrificio
* El sentido de la obediencia tanto en Agamenón como en Ifigenia
* El problema de la justicia y la inocencia

Finalmente, puede invitarlos a que lean las obras completas (disponibles en internet) y, si así lo quieren, que preparen una dramatización de ellas o de los fragmentos leídos en el interactivo.

**FICHA DEL ESTUDIANTE**

**La tragedia griega**

Los griegos manifestaron siempre una profunda preocupación por el problema del sufrimiento humano y la lucha del hombre contra el destino. Estos temas aparecen en toda la literatura griega, desde sus orígenes con Homero, hasta los tres grandes poetas de la tragedia ática, Esquilo, Sófocles y Eurípides. De manera que, para comprender el espíritu que anima a la tragedia griega, es necesario revisar la concepción de mundo que hay en ella y que permea toda la producción literaria de esa cultura.

**Equilibrio, destino y fatalidad**

Para los griegos, ningún elemento del mundo se encontraba separado o aislado del resto. Ellos consideraban el universo como un todo ordenado en el que cada cosa tenía una posición y un sentido; por eso buscaron la comprensión de las leyes de la realidad. A partir de esa noción de un orden permanente que se hallaba en el fondo de todos los acontecimientos y los cambios de la naturaleza, los griegos indagaron por la “ley” que actúa sobre las cosas mismas y trataron de regir por ella el pensamiento, la vida y el comportamiento humano. De acuerdo con esta idea de la legalidad universal de la naturaleza, también consideraron las relaciones de los seres humanos con el destino. En la más antigua religión griega, las personas recibían pasivamente el destino de manos de los dioses; las dichas y desdichas humanas eran vistas como designios inflexibles de las poderosas fuerzas que gobernaban el universo. Estas fuerzas divinas, a las cuales llamaban *Tyché* (suerte), *Moira* (fatalidad) y *Até* (irreflexión e irracionalidad), eran imprevisibles e inevitables, y hacían inciertos todos los esfuerzos humanos. Sabían que la fortuna de los seres humanos cambiaba como los días. *Tyché* podía de repente levantar a un individuo o a un pueblo aplastado por el infortunio o, de un momento a otro, hacer desdichado al más feliz de los mortales.

Tales ideas se encuentran plasmadas en la obra de varios poetas líricos, como los jonios Arquíloco y Simónides y el ateniense Solón. En sus poemas, Arquíloco invita a los lectores a resistir paciente y fuertemente el infortunio. Para él, una persona es libre solo si puede seguir una forma de vida elegida y determinada por sí misma, aunque signifique renunciar a los dones que el destino otorga; en la base de su pensamiento está el autocontrol y la advertencia ante todo desbordamiento sentimental, tanto de alegría como de pena; se trata de una posición basada en el conocimiento reflexivo de sí mismo y de la forma natural de la vida humana. Para Arquíloco, el ser humano debe sujetarse conscientemente a sus propios límites. Simónides se lamentaba de que ningún infortunio perdona al ser humano; innumerables espíritus malignos, dolores y penas lo cercan. Mientras que, para Solón, la desdicha es inevitable.

Sin embargo, a pesar de estas posiciones, aunque *Moira* y *Até* eran de gran significación para los griegos, ellos no tenían una visión pesimista de la existencia gracias a su concepción de una naturaleza ordenada y en permanente equilibrio. Al lado de las desdichas estaban, como valores muy apreciados, el júbilo de los dones de la vida, el crecimiento de los niños, los vigorosos placeres del deporte, las delicias del vino y del canto, la amistad y el amor.

*Moira* y *Até* tenían un connotación religiosa y respondían a aquella capacidad para percibir las profundas leyes que gobiernan la naturaleza humana. *Moira* atacaba a las personas de repente, buenas y malas por igual, y no podía evitarse mediante la previsión; representaba, para los griegos, la conciencia de que toda acción humana va acompañada de riesgo. *Até* tenía el poder de cegar a los individuos; era una especie de fuerza demoníaca que se apoderaba de ellos y los llevaba a cometer actos irracionales, fuera de los límites humanos. La tragedia sobrevenía como consecuencia de traspasar los límites.

**Heroísmo y virtud**

La cultura griega surgió como manifestación de la voluntad consciente de formar un alto tipo de ser humano, el mejor posible; y la totalidad de la producción artística, espiritual y social del pueblo heleno estaba dirigida a alcanzar ese fin. El conocimiento de sí mismo, la clara comprensión de lo griego, era la justificación última de la existencia de la individualidad y la comunidad humana. La percepción de las leyes naturales de la vida tuvo para esa empresa una gran importancia, pues mediante ellas los griegos quisieron formar verdaderos seres humanos, del mismo modo que un alfarero modela su arcilla. En lo profundo de su esencia, la más alta obra de arte que se propusieron fue la creación del ser humano viviente. El fundamento vital de los griegos fue el humanismo, es decir la educación del individuo de acuerdo con la verdadera forma humana, con su auténtico ser.

La consolidación de la identidad nacional helénica surge en el mundo aristocrático de la Grecia Arcaica. Es allí donde aparece por primera vez un prototipo definido de ser humano superior, al cual aspiraba la nobleza de aquel tiempo. Dicho modelo adquirió su forma en los poemas homéricos y, a partir de ellos, se convirtió en la fuerza que determinó el desarrollo posterior de ese pueblo. La *Ilíada* y la *Odisea* son la expresión poética de los ideales de la originaria cultura aristocrática griega.

El problema esencial del arquetipo humano griego estaba contenido en el concepto de *areté* (la virtud), que designaba la fuerza y destreza de los guerreros y, ante todo, aludía al valor heroico. Homero lo empleó para denominar la excelencia humana y la superioridad de los dioses. *Areté* era el atributo propio de la nobleza, inseparable de toda posición social dominante. Ni la gente del común ni los esclavos la tenían.

La característica esencial del noble homérico era el sentido del deber. *Areté* señalaba al hombre de calidad, para quien regían determinadas normas de conducta, tanto en la guerra como en la vida privada. El griego era riguroso, y sentía orgullo de ello. La fuerza de su nobleza se encontraba en el sentimiento del deber frente al ideal. Su orgullo estaba fundado en la historia familiar, pero se acompañaba y mantenía gracias a las propias acciones. La lucha y la victoria eran la verdadera prueba de la *areté*. La vida entera de los héroes épicos se centraba en el afán por conseguir la más alta *areté* y ser siempre, entre todos, el primero.

El concepto de *areté* se encuentra estrechamente vinculado al honor. Para el héroe homérico, el honor depende de la estimación y el reconocimiento social. El elogio y la reprobación era fuente de honor y deshonor. Los héroes se trataban entre sí con respeto y honra. Quien irrespetaba la *areté* ajena, perdía el sentido de su propia *areté*; en ello descansaba el orden social. La negación del honor bien ganado constituía la mayor tragedia.

Los griegos vieron la aspiración de la persona al ideal en el afán de distinguirse y la aspiración al honor. Para ellos, el esfuerzo humano hacia la perfección de la *areté* era producto de un amor propio elevado a su más alta nobleza. Según el pensamiento griego, quien se estima a sí mismo debe ser infatigable en la defensa de sus amigos, sacrificarse por su patria y abandonar con gusto las posesiones materiales. Este era el más peculiar y original sentimiento griego de la vida: el heroísmo.

**Homero y la tragedia**

La Ilíada pude considerarse el primer poema trágico griego. En ella, Homero convirtió en poesía los sufrimientos y la muerte de los hombres valientes, así como las ciegas pero majestuosas pasiones que los provocan. Pero es la tragedia de Aquiles la razón por la que esta epopeya es un monumento inmortal para el conocimiento de la vida y del dolor humano. El trágico conflicto que domina la obra es producto del hecho de que Agamenón, rey de los aqueos, desconoce la *areté* de Aquiles, quien, indignado, decide apartarse y no ayudar a los griegos en la guerra. Aquiles, formado de acuerdo con el más alto ideal de *areté*, es arrastrado por las poderosas fuerzas irracionales de *Até* y traspasa toda medida humana. En el momento crucial, cuando el ejército griego se encuentra al borde del colapso, Aquiles, cegado por la cólera, rechaza todos los ruegos e intentos de reconciliación de Agamenón, quien reconoce su error. La negativa de Aquiles tiene como consecuencia la muerte de su mejor amigo, Patroclo, a manos de Héctor. Cuando ya no hay remedio, Aquiles, arrepentido, maldice el encono que lo condujo a no participar de la batalla, cuyo precio fue la vida de su más querido amigo. La tragedia de Aquiles adquiere su plenitud heroica en su triunfo sobre Héctor, pues el héroe griego decide enfrentar a su enemigo y vengar la muerte de Patroclo con la conciencia de que eso le costaría su propia vida.

**Origen y características de la tragedia ática**

Como forma del género dramático, nació en las fiestas religiosas en honor a Dionisio, cuya celebración incluía el sacrificio de un macho cabrío. En su forma más antigua, el único actor y sujeto de los sufrimientos era el coro. No había ninguna representación detallada y mímica de las acciones. Todo se expresaba a través del canto y de la danza. El poeta solo podía valerse del contraste en la expresión lírica del coro para introducir los bruscos cambios en el destino, que eran la esencia del drama. Solo a través de los lamentos del coro era posible experimentar los tránsitos emocionales de la alegría al dolor, y viceversa.

Más tarde, se añadió un locutor (corifeo). Su función era la de revelar, mediante sus explicaciones y su conducta, los cambios de la situación así como los movimientos de subida y bajada de la emoción dramática. De este modo, el corifeo comenzó a compartir la acción con el coro, para luego pasar a ser quien de manera principal la desarrollaba y la mantenía. La evolución hizo que se incluyeran más personajes en la escena, de forma que la acción, que se refería especialmente al sufrimiento humano, se convirtió en la más plena y perfecta expresión del espíritu religioso griego.

**Esquilo, Sófocles y Eurípides**

Quienes llevaron dicha evolución a su máximo grado de perfección fueron los tres grandes trágicos Esquilo, Sófocles y Eurípides.

Esquilo no componía tragedias aisladas, sino trilogías; esta era la estructura básica de su obra. El fundamento de las tragedias de Esquilo es el destino, cuyo portador puede ser un individuo o una familia entera. El problema del drama es el destino, no los individuos. Los verdaderos protagonistas no son los seres humanos, sino las fuerzas sobrenaturales, invisibles, pero claramente presentes. En las tragedias de Esquilo, la divinidad se encuentra a la altura de su poder, en el centro de las luchas de los hombres, y gobierna todo con su voluntad.

Esquilo tenía la idea de que los hijos debían pagar por los pecados de sus padres. Así, un virtuoso héroe puede verse arrastrado a la ruina por la inexorable causalidad de una antigua culpa, a pesar de ser él, por su virtud, merecedor de un destino mejor.

Por el contrario, el tema dominante en las tragedias de Sófocles ya no es el destino, sino los seres humanos. Lo trágico está en la imposibilidad de evitar el dolor. Toda la luz se concentra en la figura del héroe valiente y sereno ante el dolor y la muerte. Aunque el destino se muestre como la causa originaria del conflicto, no reclama atención como problema independiente. La tragedia se enfoca por entero en el ser humano doliente, cuyas acciones están determinadas por su propia naturaleza. En él, el dolor se transforma en una nueva forma de nobleza; es un elevado medio de conocimiento y es parte esencial de su ser. Toda la acción dramática es simplemente el desenvolvimiento esencial del doliente.

Por su parte, la visión de lo trágico en Eurípides varía en diferentes etapas de su obra. En la primeras adopta una perspectiva tradicional, de alta tragedia, cercana a Esquilo; luego, en el comienzo de la guerra del Peloponeso, su obra se inclina hacia lo patriótico, que desemboca en desilusión por los horrores y el sinsentido de la guerra. En una cuarta etapa, su obra se centra en la intriga romántica, y en el periodo final se desarrolla en torno a la desesperación trágica, una perspectiva completamente diferente y alejada de Esquilo y de Sófocles. Los personajes de Eurípides hablan del presente social de la época de forma más abierta y directa que los de sus antecesores, llegando incluso a desafiar el orden establecido, y la tragedia se enfoca desde su vida interna y sus motivaciones. Los personajes de Eurípides son atenienses contemporáneos, más que figuras heroicas del mito. Eurípides mantiene las historias y los personajes míticos, pero los concibe metidos en la sociedad del siglo V a. C. expuestos a las presiones de la época, y examina sus motivaciones, su conducta y su destino a la luz de los asuntos contemporáneos.

**Las obras**

***Agamenón* de Esquilo**

*Agamenón* es la primera obra de la trilogía de la *Orestíada*. Trata sobre la muerte del héroe griego Agamenón, tras su regreso de la guerra de Troya. Su esposa Clitemnestra había planeado asesinarlo en venganza por el sacrificio de su hija, Ifigenia. Más aún, durante los diez años de la ausencia de Agamenón, Clitemnestra lo engañó con Egisto, primo de Agamenón y descendiente de una rama desheredada de la familia, quien busca recuperar el trono que cree que legalmente le pertenece.

***Edipo rey* de Sófocles**

Presenta a Edipo en su momento de mayor esplendor, como rey de Tebas y esposo de Yocasta. Para salvar a la ciudad de una peste que la aqueja, comienza a investigar el asesinato de Layo, el rey anterior, del cual Yocasta es viuda. Poco a poco se descubre la verdad: Edipo es el asesino que busca, Layo era su padre, y su esposa, Yocasta, es su madre. Yocasta se suicida y Edipo, tras cegarse a sí mismo, pide a su cuñado Creonte que lo deje partir al destierro y se quede con sus dos hijas, pues sus dos hijos son hombres y sabrán cómo actuar.

***Ifigenia en Áulide*** de Eurípides

Trata del sacrificio de Ifigenia, hija de Agamenón y Clitemnestra, ofrecido por Agamenón a la diosa Artemisa, para que esta permitiera la partida de la flota griega hacia la guerra de Troya. Los griegos no habían podido emprender su viaje por falta de vientos favorables. El adivino Calcante emite un oráculo en el que dice que habrá vientos si Ifigenia es sacrificada. La joven es llevada bajo engaño a Áulide, con la promesa de un matrimonio con Aquiles, quien desconoce el plan. Aquiles, Clitemnestra y el mismo Agamenón, arrepentido, tratan de oponerse al sacrificio, pero nadie puede evitarlo.

**DATOS DEL INTERACTIVO**

**INTERACTIVO**

**\*** Número de pestañas del interactivo (**1, 2, 4, 6 u 8**) PARA CADA PESTAÑA DE ESTE INCISO, COPIA EL SIGUIENTE BLOQUE *PESTAÑA #...*

3

**\*** Título (**65** caracteres máx.) COPIA EL TÍTULO DEL RECURSO PARA EL TÍTULO DEL INTERACTIVO, A MENOS QUE SEA DIFERENTE. RECUERDA: EL TÍTULO NO DEBE REBASAR LOS 65 CARACTERES.

La tragedia griega

**\*** Instrucción (**68** caracteres máx.)

**PESTAÑA** 1

**\*** Título de pestaña (**20** caracteres máximo)

*Agamenón*

Por Esquilo

Si se pretende usar la pestaña 1 como portada del interactivo este debe ser de tipo “Solo texto” que llevará solamente una foto PNG y su pie de foto correspondiente (ver ejemplo al final del documento).

**\*** Tipo de pestaña elija una opción:

|  |  |  |  |  |  |
| --- | --- | --- | --- | --- | --- |
| Texto con una imagen a la derecha |  | Texto con una imagen a la izquierda |  | **Solo texto** |  |
| Texto con dos imágenes a la derecha |  | Texto con dos imágenes a la izquierda | x |  |  |

Imagen 1 (borrar si no se ocupa):

**\*** Nombre de archivo Shutterstock o descripción de ilustración a crear

<http://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/d/d6/Aeschylusathens.jpg>

**\*** Nombre de archivo codificado (ejemplo, CN\_08\_03\_REC10\_IMG02.**JPG**)

LE\_11\_01\_CO\_REC80\_\_IMG01

OPCIONAL Pie de imagen 1 (**130** caracteres máx., se puede usar cursivas)

Busto de Esquilo

Imagen 2 (borrar si no se ocupa):

**\*** Nombre de archivo Shutterstock o descripción de ilustración a crear

<http://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/a/a7/G%C3%A9rin_Clytemnestre_h%C3%A9sitant_avant_de_frapper_Agamemnon_endormi_Louvre_5185.jpg>

**\*** Nombre de archivo codificado (ejemplo, CN\_08\_03\_REC10\_IMG03.**JPG**)

LE\_11\_01\_CO\_REC80\_IMG02

OPCIONAL Pie de imagen 2 (**130** caracteres máx., se puede usar cursivas)

*Clitemnestra vacila antes de matar a Agamenón*. A la izquierda, Egisto la incita. Óleo de Pierre-Narcisse Guérin (1774-1833).

**\*** Texto

(…)

*(Cuando el coro se dispone a entrar en el palacio, se abre la puerta de par en par. Se ven los cadáveres de Agamenón y Casandra. Clitemnestra sale a escena.)*

CLITEMNESTRA. —No sentiré vergüenza de decir lo contrario de lo que he dicho antes según era oportuno, pues al andar tramando acciones hostiles contra unos enemigos que tienen la apariencia de ser amigos, ¿cómo les podría tender una trampa con mayor altura que la medida de su salto? Sí. Con el tiempo acabó de llegarme este combate que yo tenía meditado de antiguo, debido a una vieja querella. Aquí estoy en pie donde he herido, junto a lo que ya está realizado. Lo hice de modo –no voy a negarlo– que no pudiera evitar la muerte ni defenderse. Lo envolví en una red inextricable, como para peces: un suntuoso manto pérfido. Dos veces lo herí, y con dos gemidos dobló sus rodillas. Una vez caído, le di el tercer golpe, como ofrenda de gracias al Zeus subterráneo salvador de los muertos. De esta manera, una vez caído, fue perdiendo el calor de su corazón y exhalando en su aliento con ímpetu la sangre al brotar del degüello.

Me salpicaron las negras gotas del sangriento rocío, y no me puse menos alegre que la sementera del trigo cuando empieza a brotar con la lluvia que Zeus concede. Así están las cosas, venerable asamblea de argivos aquí presente. Podéis alegraros, si esto os causa alegría, que yo me glorío. Si estuviera bien y se pudieran hacer libaciones por un cadáver, aquí sería justo, más que justo, en verdad. ¡Tan graves son los malditos crímenes de que este en casa llenó la crátera que él personalmente ha apurado al volver!

CORIFEO. —¡Nos asombra tu lengua! ¡Cuán audaz al jactarte con ese lenguaje junto al cadáver de tu marido!

CLITEMNESTRA. —Intentáis sorprenderme, como si yo fuera una mujer irreflexiva. Pero yo os hablo con intrépido corazón –lo sabéis muy bien–, me da igual que quieras elogiarme o censurarme. Este es Agamenón, mi esposo, pero cadáver. Obra es ello de esta diestra mano, un justo artífice. Esto es así.

CORO. —¿Qué mala hierba nacida de la tierra, dulce de comer, has probado, mujer? ¿O qué bebida salida del mar ondulante, para que te hayas puesto a este sacrificio y despreciado las maldiciones que gritará el pueblo? Tú has cortado, ¡pero serás un ser sin ciudad, objeto de odio implacable para los ciudadanos!

CLITEMNESTRA. —Dictas ahora como sentencia mis destierro de la ciudad, el odio de los ciudadanos y maldiciones a gritos del pueblo; pero no te enfrentaste antaño a este hombre que, sin darle importancia, como si se tratara de matar una res entre los rebaños de hermoso vellón, cuando superabundan las ovejas, sacrificó a su propia hija, mi parto más querido, como remedio contra los vientos de Tracia. ¿No hubieras debido desterrar a ese de este país en expiación de su crimen? En cambio, al oír mis acciones, eres un juez severo. Pero te digo que así me amenaces, porque de igual modo estoy preparada para que impongas sobre mí tu poder, si llegas a vencer con tu brazo. Pero si la deidad decide lo contrario, vas a aprender, aunque tarde, a ser prudente, porque voy a enseñártelo.

CORO. —Eres de alma altanera y has hablado con arrogancia. Tu mente ha enloquecido con este suceso que mancha la sangre de un asesinato. Sobre tus ojos destaca el fluir de la sangre. Necesario es que ya, privada de amigos, pagues represalias, golpe por golpe.

CLITEMNESTRA. —También vas a oír el veredicto de mi juramento: ¡Por Justicia –la vengadora de mi hija– por Ate y Erinis, en cuyo honor degollé a ese, no abrigues la esperanza de que el miedo vaya a poner su pie en mi palacio, mientras encienda el fuego en mi hogar Egisto bien dispuesto hacia mí como antes, pues es para mí un no pequeño escudo de valor! Ahí yace el ofensor de esta esposa, el deleite de las Criseidas al pie de Ilio, y también esta prisionera, su adivina y compañera de lecho, profetisa que con él compartía fielmente su cama, pero que frecuentaba igualmente los bancos de los marineros. Ninguno de los dos se salió con la suya en la impunidad. Él, de este modo, y ella, tras cantar como un cisne el lamento postrero de muerte, yace a su lado como su amante; y me ha traído un condimento para dulzura de mi lecho.

CORO. —¡Ay! ¿Qué muerte, sin mucho dolor ni guardar cama, podría venir sobre nosotros con rapidez y producirnos el sueño eterno que nunca se acaba, puesto que ha sucumbido mi benévolo protector, tras haber soportado muchas fatigas por culpa de una mujer? ¡Y a manos de una mujer ha perdido la vida! ¡Ay, loca Helena!, ¡tú sola hiciste que perecieran muchas vidas, muchísimas vidas al pie de Troya! ¡Y ahora te has adornado con una postrera corona de eterna memoria por una sangre que nunca podrá ser lavada!

¡Sí, entonces estaba adherida con fuerza a esta casa Discordia, que consigo traía la ruina de los varones!

CLITEMNESTRA. —No impreques destino de muerte con la pesadumbre que esto te causa, ni desvíes contra Helena tu ira, alegando que fue destructora de hombres y que, al hacer perecer ella sola las vidas de numerosos varones, produjo un dolor sin posible calmante.

CORO. —¡Espíritu maligno que caíste sobre esta casa y sobre los dos descendientes de Tántalo, concediste vigor a la fuerza de idéntico temple que, procedente de dos mujeres, me muerde el corazón! Puesta sobre el cadáver como odioso cuervo, se jacta de entonar un himno monstruoso.

CLITEMNESTRA. —Ahora sí enderezaste la sentencia, que anteriormente tu boca expresara, invocando al espíritu malo, engordado tres veces, de esta familia, porque de él se alimenta en el vientre esta pasión lamedora de sangre: antes de haber cesado el antiguo dolor se derrama de nuevo otra sangre.

CORO. —Sí. Das tu asentimiento a la existencia ten este palacio de una poderosa deidad maligna inspiradora de terrible rencor –¡ay, ay!–, ¡triste asentimiento a una funesta fortuna insaciable –¡ay, dolor!– recibida de Zeus, causante y artífice de todas las cosas! ¿Pues qué les ocurre a los hombres mortales sin Zeus? ¿Qué desgracia de estas no se ha cumplido sin el concurso de los dioses? ¡Ay, ay! ¡Rey, Rey! ¿De qué manera debo llorarte? O, ¿qué decirte desde el interior de mi alma amiga? Yaces en esa tela de araña, exhalando tu vida con impía muerte –¡ay, ay de mí!– en ese indigno lecho, vencido por muerte traicionera mediante el arma de doble filo que una mano empuñó.

CLITEMNESTRA. —Afirmas tú que esta obra es mía y dices que soy la esposa de Agamenón. No es así, sino que bajo la forma de la mujer de este muerto, el antiguo, amargo genio, para tomar venganza de Atreo –aquel execrable anfitrión– ha hecho pagar a este y ha inmolado a un adulto en compensación de unos niños.

CORO. —¿Quién dará testimonio de que no eres culpable de este asesinato? ¿Cómo? ¿Cómo va a darlo? Puede, no obstante, haber sido cómplice tuyo el genio que ansiaba venganza del padre. Avanza violento el Ares tenebroso entre familiares ríos de sangre con los que otorgará justicia al cuajarón de sangre infantil devorada. ¡Ay, ay! ¡Rey, Rey! ¿De qué manera debo llorarte? ¿Qué decirte desde el interior de mi alma amiga? Yaces en esa tela de araña, exhalando tu vida con impía muerte –¡ay, ay de mí!– en ese indigno lecho, vencido por muerte traicionera, mediante el arma de doble filo que una mano empuñó.

CLITEMNESTRA. —Ni creo que indigna haya sido su muerte. ¿No causó ese a esta casa una desgracia mediante un engaño? Pero, como trató indignamente a la flor que me había brotado de él, a mi Ifigenia muy llorada, y ha sufrido su merecido, ¡que él no se jacte en el reino de Hades, porque ha pagado lo mismo que hizo con la muerte que ha recibido mediante un puñal!

CORO. —Me falla la mente al tratar de buscar un recurso certero. No encuentro hacia dónde volverme, cuando esta casa se derrumba. Me asusta el fragor sangriento de lluvia que abate a esta casa. Ya no es precisamente una llovizna, y Justicia se está afilando para otra acción dañosa en otras piedras de afilar del destino. ¡Ay, tierra, tierra!… ¡Ojalá que tú me hubieras recibido antes de haber visto a este ocupar como lecho la bañera de plata! ¿Quién va a enterrarlo? ¿Quién en su honor cantará el canto fúnebre? (A Clitemnestra.) ¿Tendrás tú la osadía de hacerlo? ¿Después de haber dado muerte a tu propio marido, vas a llorarlo? ¿Y vas a dar cima a tu obra, rindiendo a su alma inicuamente un homenaje que no es homenaje en compensación de tu crimen monstruoso? ¿Quién va a sentir el dolor de pronunciar el fúnebre elogio en honor de este héroe junto a su tumba, fiel a la verdad de su corazón?

CLITEMNESTRA. —No es asunto tuyo preocuparte de eso. A mis manos cayó y murió, y yo lo enterraré, pero no acompañado del llanto de los de su casa, sino que Ifigenia, su hija, cuando, con agrado, como es debido, haya salido a su encuentro al vado del veloz río de los dolores, luego de haberlo abrazado, lo besará.

CORO. —¡Un ultraje sucede a otro ultraje! Difícil es esto de jugar: expoliar al que expolia, y el que mata paga. Mientras permanezca en su trono Zeus, permanecerá –es ley divina– que el culpable sufra. ¿Quién podrá arrojar de esta casa esa semilla de maldición? ¡Esta estirpe está condenada a la ruina!

CLITEMNESTRA. —Te has embarcado con la verdad en este oráculo. Y yo, en consecuencia, quiero, luego de establecer pactos jurados con el genio recial de los Plisténidas, aceptar estos hechos, por duros que sean de soportar, pero que en el futuro salga de esta casa a destruir otra estirpe mediante muertes parricidas. Y de las posesiones, con tener una parte pequeña me basta, ¡si consigo arrancar del palacio esas locuras de asesinarse unos a otros! (…)

Recuperado de [Universidad de Almería](file:///C:\Users\user\AppData\Local\Temp\nevada.ual.es\fgriega\PDF\ESQ-AGA-Tea.pdf)

**PESTAÑA** 2

**\*** Título de pestaña (**20** caracteres máximo)

*Edipo rey*

Por Sófocles

Si se pretende usar la pestaña 1 como portada del interactivo este debe ser de tipo “Solo texto” que llevará solamente una foto PNG y su pie de foto correspondiente (ver ejemplo al final del documento).

**\*** Tipo de pestaña elija una opción:

|  |  |  |  |  |  |
| --- | --- | --- | --- | --- | --- |
| Texto con una imagen a la derecha |  | Texto con una imagen a la izquierda |  | **Solo texto** |  |
| Texto con dos imágenes a la derecha |  | Texto con dos imágenes a la izquierda | x |  |  |

Imagen 1 (borrar si no se ocupa):

**\*** Nombre de archivo Shutterstock o descripción de ilustración a crear

<http://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/1/19/Sophocles_pushkin.jpg>

**\*** Nombre de archivo codificado (ejemplo, CN\_08\_03\_REC10\_IMG02.**JPG**)

LE\_11\_01\_CO\_REC80\_IMG03

OPCIONAL Pie de imagen 1 (**130** caracteres máx., se puede usar cursivas)

Sófocles

Imagen 2 (borrar si no se ocupa):

**\*** Nombre de archivo Shutterstock o descripción de ilustración a crear

<http://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/0/03/Edipo_Rei_8.jpg>

**\*** Nombre de archivo codificado (ejemplo, CN\_08\_03\_REC10\_IMG03.**JPG**)

LE\_11\_01\_CO\_REC80\_IMG04

OPCIONAL Pie de imagen 2 (**130** caracteres máx., se puede usar cursivas)

*Edipo rey* en escena. Festival de Lugo 2011 Grupo S.V. Producciones de Madrid, dirigido por Susana Verdú. Foto: Luis Bugallo.

**\*** Texto

(…)

*(Sale Edipo y se dirige al Coro.)*

EDIPO. —Suplicas. Y de lo que suplicas podrías obtener remedio y alivio en tus desgracias, si quisieras acoger mis palabras cuando las oigas y prestar servicio en esta enfermedad. Y yo diré lo que sigue, como quien no tiene nada que ver con este relato ni con este hecho. Porque yo mismo no podría seguir por mucho tiempo la pista sin tener ni un rastro. Pero, como ahora he venido a ser un ciudadano entre ciudadanos, os diré a todos vosotros, cadmeos, lo siguiente: aquel de vosotros que sepa por obra de quién murió Layo, el hijo de Lábdaco, le ordeno que me lo revele todo y, si siente temor, que aleje la acusación que pesa contra sí mismo, ya que ninguna otra pena sufrirá y saldrá sano y salvo del país. Si alguien, a su vez, conoce que el autor es otro de otra tierra, que no calle. Yo le concederé la recompensa a la que se añadirá mi gratitud. Si, por el contrario, calláis y alguno temiendo por un amigo o por sí mismo trata de rechazar esta orden, lo que haré con ellos debéis escucharme. Prohíbo que en este país, del que yo poseo el poder y el trono, alguien acoja y dirija la palabra a este hombre, quienquiera que sea, y que se haga partícipe con él en súplicas o sacrificios a los dioses y que le permita las abluciones. Mando que todos le expulsen, sabiendo que es una impureza para nosotros, según me lo acaba de revelar el oráculo pítico del dios. Esta es la clase de alianza que yo tengo para con la divinidad y para el muerto. Y pido solemnemente que, el que a escondidas lo ha hecho, sea en solitario, sea en compañía de otros, desventurado, consuma su miserable vida de mala manera. E impreco para que, si llega a estar en mi propio palacio y yo tengo conocimiento de ello, padezca yo lo que acabo de desear para estos. Y a vosotros os encargo que cumpláis todas estas cosas por mí mismo, por el dios y por este país tan consumido en medio de esterilidad y desamparo de los dioses. Pues, aunque la acción que llevamos a cabo no hubiese sido promovida por un dios, no sería natural que vosotros la dejarais sin expiación, sino que debíais hacer averiguaciones por haber perecido un hombre excelente y, a la vez, rey. Ahora, cuando yo soy el que me encuentro con el poder que antes tuvo aquel, en posesión del lecho y de la mujer fecundada, igualmente, por los dos, y hubiéramos tenido en común el nacimiento de hijos comunes, si su descendencia no se hubiera malogrado –pero la adversidad se lanzó contra su cabeza–, por todo esto yo, como si mi padre fuera, lo defenderé y llegaré a todos los medios tratando de capturar al autor del asesinato para provecho del hijo de Lábdaco, descendiente de Polidoro y de su antepasado Cadmo, y del antiguo Agenor. Y pido, para los que no hagan esto, que los dioses no les hagan brotar ni cosecha alguna de la tierra ni hijos de las mujeres, sino que perezcan a causa de la desgracia en que se encuentran y aún peor que esta. Y a vosotros, los demás Cadmeos, a quienes esto os parezca bien, que la Justicia como aliada y todos los demás dioses os asistan con buenos consejos.

CORIFEO. —Tal como me has cogido inmerso en tu maldición, te hablaré, oh, rey. Yo ni le maté ni puedo señalar a quien lo hizo. En esta búsqueda, era propio del que nos la ha enviado, de Febo, decir quién lo ha hecho.

EDIPO. —Con razón hablas. Pero ningún hombre podría obligar a los dioses a algo que no quieran.

CORIFEO. —En segundo lugar, después de eso, te podría decir lo que yo creo.

EDIPO. —También, si hay un tercer lugar, no dejes de decirlo.

CORO. —Sé que, más que ningún otro, el noble Tiresias ve lo mismo que el soberano Febo, y de él se podría tener un conocimiento muy exacto, si se le inquiriera, señor.

EDIPO. —No lo he echado en descuido sin llevarlo a la práctica; pues, al decírmelo Creonte, he enviado dos mensajeros. Me extraña que no esté presente desde hace rato.

CORIFEO. —Entonces los demás rumores son ineficaces y pasados.

EDIPO. —¿Cuáles son? Pues atiendo a toda clase de rumor.

CORIFEO. —Se dijo que murió a manos de unos caminantes.

EDIPO. —También yo lo oí. Pero nadie conoce al que lo vio.

CORIFEO. —Si tiene un poco de miedo, no aguardará después de oír tus maldiciones.

EDIPO. —El que no tiene temor ante los hechos tampoco tiene miedo a la palabra.

*(Entra Tiresias con los enviados por Edipo. Un niño le acompaña.)*

CORIFEO. —Pero ahí está el que lo dejará al descubierto. Estos traen ya aquí al sagrado adivino, al único de los mortales en quien la verdad es innata.

EDIPO. —¡Oh, Tiresias, que todo lo manejas, lo que debe ser enseñado y lo que es secreto, los asuntos del cielo y los terrenales! Aunque no ves, comprendes, sin embargo, de qué mal es víctima nuestra ciudad. A ti te reconocemos como único defensor y salvador de ella, señor. Porque Febo, si es que no lo has oído a los mensajeros, contestó a nuestros embajadores que la única liberación de esta plaga nos llegaría si, después de averiguarlo correctamente, dábamos muerte a los asesinos de Layo o les hacíamos salir desterrados del país. Tú, sin rehusar ni el sonido de las aves ni ningún otro medio de adivinación, sálvate a ti mismo y a la ciudad y sálvame a mí, y líbranos de toda impureza originada por el muerto. Estamos en tus manos. Que un hombre preste servicio con los medios de que dispone y es capaz, es la más bella de las tareas.

TIRESIAS. —¡Ay, ay! ¡Qué terrible es tener clarividencia cuando no aprovecha al que la tiene! Yo lo sabía bien, pero lo he olvidado, de lo contrario no hubiera venido aquí.

EDIPO. —¿Qué pasa? ¡Qué abatido te has presentado!

TIRESIAS. —Déjame ir a casa. Más fácilmente soportaremos tú lo tuyo y yo lo mío si me haces caso.

EDIPO. —No hablas con justicia ni con benevolencia para la ciudad que te alimentó, si le privas de tu augurio.

TIRESIAS. —Porque veo que tus palabras no son oportunas para ti. ¡No vaya a ser que a mí me pase lo mismo...!

*(Hace ademán de retirarse.)*

EDIPO. —No te des la vuelta, ¡por los dioses!, si sabes algo, ya que te lo pedimos todos los que estamos aquí como suplicantes.

TIRESIAS. —Todos han perdido el juicio. Yo nunca revelaré mis desgracias, por no decir las tuyas.

EDIPO. —¿Qué dices? ¿Sabiéndolo no hablarás, sino que piensas traicionarnos y destruir a la ciudad?

TIRESIAS. —Yo no quiero afligirme a mí mismo ni a ti. ¿Por qué me interrogas inútilmente? No te enterarás por mí.

EDIPO. —¡Oh, el más malvado de los malvados, pues tú llegarías a irritar, incluso, a una roca! ¿No hablarás de una vez, sino que te vas a mostrar así de duro e inflexible?

TIRESIAS. —Me has reprochado mi obstinación, y no ves la que igualmente hay en ti, y me censuras.

EDIPO. —¿Quién no se irritaría al oír razones de esta clase con las que tú estás perjudicando a nuestra ciudad?

TIRESIAS. —Llegarán por sí mismas, aunque yo las proteja con el silencio.

EDIPO. —Pues bien, debes manifestarme incluso lo que está por llegar.

TIRESIAS. —No puedo hablar más. Ante esto, si quieres irrítate de la manera más violenta.

EDIPO. —Nada de lo que estoy advirtiendo dejaré de decir, según estoy de encolerizado. Has de saber que parece que tú has ayudado a maquinar el crimen y lo has llevado a cabo en lo que no ha sido darle muerte con tus manos. Y si tuvieras vista, diría que, incluso, este acto hubiera sido obra de ti solo.

TIRESIAS. —¿De verdad? Y yo te insto a que permanezcas leal al edicto que has proclamado antes y a que no nos dirijas la palabra ni a estos ni a mí desde el día de hoy, en la idea de que tú eres el azote impuro de esta tierra.

EDIPO. —¿Con tanta desvergüenza haces esta aseveración? ¿De qué manera crees poderte escapar a ella?

TIRESIAS. —Ya lo he hecho. Pues tengo la verdad como fuerza.

EDIPO. —¿Por quién has sido enseñado? Pues, desde luego, de tu arte no procede.

TIRESIAS. —Por ti, porque me impulsaste a hablar en contra de mi voluntad.

EDIPO. —¿Qué palabras? Dilo, de nuevo, para que aprenda mejor.

TIRESIAS. —¿No has escuchado antes? ¿O es que tratas de que hable?

EDIPO. —No como para decir que me es comprensible. Dilo de nuevo.

TIRESIAS. —Afirmo que tú eres el asesino del hombre acerca del cual están investigando.

EDIPO. —No dirás impunemente dos veces estos insultos.

TIRESIAS. —En ese caso, ¿digo también otras cosas para que te irrites aún más?

EDIPO. —Di cuanto gustes, que en vano será dicho.

TIRESIAS. —Afirmo que tú has estado conviviendo muy vergonzosamente, sin advertirlo, con los que te son más queridos y que no te das cuenta en qué punto de desgracia estás.

EDIPO. —¿Crees tú, en verdad, que vas a seguir diciendo alegremente esto?

TIRESIAS. —Sí, si es que existe alguna fuerza en la verdad.

EDIPO. —Existe, salvo para ti. Tú no la tienes, ya que estás ciego de los oídos, de la mente y de la vista.

TIRESIAS. —Eres digno de lástima por echarme en cara cosas que a ti no habrá nadie que no te reproche pronto.

EDIPO. —Vives en una noche continua, de manera que ni a mí, ni a ninguno que vea la luz, podrías perjudicar nunca.

TIRESIAS. —No quiere el destino que tú caigas por mi causa, pues para ello se basta Apolo, a quien importa llevarlo a cabo.

EDIPO. —¿Esta invención es de Creonte o tuya?

TIRESIAS. —Creonte no es ningún dolor para ti, sino tú mismo.

EDIPO. —¡Oh, riqueza, poder y saber que aventajas a cualquier otro saber en una vida llena de encontrados intereses! ¡Cuánta envidia acecha en vosotros, si, a causa de este mando que la ciudad me confió como un don –sin que yo lo pidiera–, Creonte, el que era leal, el amigo desde el principio, desea expulsarme deslizándose a escondidas, tras sobornar a semejante hechicero, maquinador y charlatán engañoso, que solo ve en las ganancias y es ciego en su arte! Porque, ¡ea!, dime, ¿en qué fuiste tú un adivino infalible? ¿Cómo es que no dijiste alguna palabra que liberara a estos ciudadanos cuando estaba aquí la perra cantora? Y, ciertamente, el enigma no era propio de que lo discurriera cualquier persona que se presentara, sino que requería arte adivinatoria que tú no mostraste tener, ni procedente de las aves ni conocida a partir de alguno de los dioses. Y yo, Edipo, el que nada sabía, llegué y la hice callar consiguiéndolo por mi habilidad, y no por haberlo aprendido de los pájaros. A mí es a quien tú intentas echar, creyendo que estarás más cerca del trono de Creonte. Me parece que tú y el que ha urdido esto tendréis que lograr la purificación entre lamentos. Y si no te hubieses hecho valer por ser un anciano, hubieras conocido con sufrimientos qué tipo de sabiduría tienes.

CORIFEO. —Nos parece adivinar que las palabras de este y las tuyas, Edipo, han sido dichas a impulsos de la cólera. Pero no debemos ocuparnos en tales cosas, sino en cómo resolveremos los oráculos del dios de la mejor manera.

TIRESIAS. —Aunque seas el rey, se me debe dar la misma oportunidad de replicarte, al menos con palabras semejantes. También yo tengo derecho a ello, ya que no vivo sometido a ti sino a Loxias, de modo que no podré ser inscrito como seguidor de Creonte, jefe de un partido. Y puesto que me has echado en cara que soy ciego, te digo: aunque tú tienes vista, no ves en qué grado de desgracia te encuentras ni dónde habitas ni con quiénes transcurre tu vida. ¿Acaso conoces de quiénes desciendes? Eres, sin darte cuenta, odioso para los tuyos, tanto para los de allí abajo como para los que están en la tierra, y la maldición que por dos lados te golpea, de tu madre y de tu padre, con paso terrible te arrojará, algún día, de esta tierra, y tú, que ahora ves claramente, entonces estarás en la oscuridad. ¡Qué lugar no será refugio de tus gritos!, ¡qué Citerón no los recogerá cuando te des perfecta cuenta del infausto matrimonio en el que tomaste puerto en tu propia casa después de conseguir una feliz navegación! Y no adviertes la cantidad de otros males que te igualarán a tus hijos. Después de esto, ultraja a Creonte y a mi palabra. Pues ningún mortal será aniquilado nunca de peor forma que tú.

EDIPO. —¿Es que es tolerable escuchar esto de ese? ¡Maldito seas! ¿No te irás cuanto antes? ¿No te irás de esta casa, volviendo por donde has venido?

TIRESIAS. —No hubiera venido yo, si tú no me hubieras llamado.

EDIPO. —No sabía que ibas a decir necedades. En tal caso, difícilmente te hubiera hecho venir a mi palacio.

TIRESIAS. —Yo soy tal cual te parezco, necio, pero para los padres que te engendraron era juicioso.

EDIPO. —¿A quiénes? Aguarda. ¿Qué mortal me dio el ser?

TIRESIAS. —Este día te engendrará y te destruirá.

EDIPO. —¡De qué modo enigmático y oscuro lo dices todo!

TIRESIAS. —¿Acaso no eres tú el más hábil por naturaleza para interpretarlo?

EDIPO. —Échame en cara, precisamente, aquello en lo que me encuentras grande.

TIRESIAS. —Esa fortuna, sin embargo, te hizo perecer.

EDIPO. —Pero si salvo a esta ciudad, no me preocupa.

TIRESIAS. —En ese caso me voy. Tú, niño, condúceme.

EDIPO. —Que te lleve, sí, porque aquí, presente, eres un molesto obstáculo; y, una vez fuera, puede ser que no atormentes más.

TIRESIAS. —Me voy, porque ya he dicho aquello para lo que vine, no porque tema tu rostro. Nunca me podrás perder. Y te digo: ese hombre que, desde hace rato, buscas con amenazas y con proclamas a causa del asesinato de Layo está aquí. Se dice que es extranjero establecido aquí, pero después saldrá a la luz que es tebano por su linaje y no se complacerá de tal suerte. Ciego, cuando antes tenía vista, y pobre, en lugar de rico, se trasladará a tierra extraña tanteando el camino con un bastón. Será manifiesto que él mismo es, a la vez, hermano y padre de sus propios hijos, hijo y esposo de la mujer de la que nació y de la misma raza, así como asesino de su padre. Entra y reflexiona sobre esto. Y si me coges en mentira, di que yo ya no tengo razón en el arte adivinatorio.

*(Tiresias se aleja y Edipo entra en palacio.)*

(…)

Recuperado de http://ftp.ruv.itesm.mx/pub/portal/leer/edipo\_rey.pdf

**PESTAÑA** 3

**\*** Título de pestaña (**20** caracteres máximo)

*Ifigenia en Áulide*

Por Eurípides

Si se pretende usar la pestaña 1 como portada del interactivo este debe ser de tipo “Solo texto” que llevará solamente una foto PNG y su pie de foto correspondiente (ver ejemplo al final del documento).

**\*** Tipo de pestaña elija una opción:

|  |  |  |  |  |  |
| --- | --- | --- | --- | --- | --- |
| Texto con una imagen a la derecha |  | Texto con una imagen a la izquierda |  | **Solo texto** |  |
| Texto con dos imágenes a la derecha | x | Texto con dos imágenes a la izquierda |  |  |  |

Imagen 1 (borrar si no se ocupa):

**\*** Nombre de archivo Shutterstock o descripción de ilustración a crear

<http://static0.planetasaber.com/encyclopedia/Data/Imagenes/FOTOS/0019UE01.jpg>

**\*** Nombre de archivo codificado (ejemplo, CN\_08\_03\_REC10\_IMG02.**JPG**)

LE\_11\_01\_CO\_REC80\_IMG05

OPCIONAL Pie de imagen 1 (**130** caracteres máx., se puede usar cursivas)

*Eurípides recibiendo la máscara de la Tragedia*. Relieve en mármol del siglo I (Museo Arqueológico, Istanbul).

Imagen 2 (borrar si no se ocupa):

**\*** Nombre de archivo Shutterstock o descripción de ilustración a crear

<http://static0.planetasaber.com/encyclopedia/Data/Imagenes/FOTOS/000UF101.jpg>

**\*** Nombre de archivo codificado (ejemplo, CN\_08\_03\_REC10\_IMG03.**JPG**)

LE\_11\_01\_CO\_REC80\_IMG06

OPCIONAL Pie de imagen 2 (**130** caracteres máx., se puede usar cursivas)

Detalle de *El sacrificio de Ifigenia* en un mosaico del s. I a. C. (Museo Arqueológico de Cataluña, Empúries, España).

**\*** Texto

(…)

CLITEMNESTRA. —He salido de las moradas para esperar a mi marido, que las ha abandonado y está ausente de ellas hace tiempo. Y mi desventurada hija está bañada en lágrimas, exhalando numerosos gemidos desde que se ha enterado de que su padre prepara su muerte. Pero he aquí que en el mismo momento en que hablo se aproxima Agamenón, que proyecta llevar a cabo pronto actos impíos contra sus hijos.

AGAMENÓN. —¡Oh, hija de Leda!, a tiempo te encuentro fuera de la morada, para decirte en ausencia de la virgen lo que no conviene que oiga una novia.

CLITEMNESTRA. —¿Qué es lo que te parece tan oportuno?

AGAMENÓN.— Haz salir de la morada a tu hija, y que venga con su padre, porque ya está dispuesto todo: el agua sagrada y la cebada salada que se arroja en el fuego lustral, y las víctimas que hay que sacrificar a la diosa Artemisa antes de las bodas.

CLITEMNESTRA. —Claramente hablas, en verdad; pero no sé cómo calificar tus acciones. ¡Sal, hija!, porque ya sabes lo que medita tu padre. Trae envuelto en tu peplo a tu hermano Orestes, mi hijo. Hela aquí que te obedece. Diré lo demás referente a ella y a mí.

AGAMENÓN. —¿Por qué lloras, hija, y no me miras ya con ternura, inclinado a tierra el rostro y recatándote con tu peplo?

CLITEMNESTRA. —¡Ay! ¿Por dónde comenzar a hablar de mis males? A cada uno de ellos se le puede creer el primero o el último.

AGAMENÓN. —¿Qué es eso? ¿Por qué me mostráis todos la misma confusión y la misma turbación?

CLITEMNESTRA. —Responde francamente a mis preguntas.

AGAMENÓN. —No hay para qué exhortarme a ello. Interrógame.

CLITEMNESTRA. —¿No quieres matar a la que es hija mía y tuya?

AGAMENÓN. —¡Ah!, ¡dices cosas horribles, y no conviene que las sospeches de mí!

CLITEMNESTRA. —No te turbes, y respóndeme por lo pronto.

AGAMENÓN. —Si me interrogas convenientemente, te responderé lo mismo.

CLITEMNESTRA. —Puesto que te interrogo directamente, respóndeme lo mismo.

AGAMENÓN. —¡Oh, destino terrible! ¡Oh, Demonio fatídico!

CLITEMNESTRA. —¡El mismo es para mí, para ella, para los tres, desventurados!

AGAMENÓN. —¿En qué se te ha ofendido?

CLITEMNESTRA. —¿Me lo preguntas? Tu habilidad no es hábil.

AGAMENÓN. —¡Estoy perdido! ¡Se han descubierto mis secretos!

CLITEMNESTRA. —Los sé, me he enterado de cuanto debías hacer en contra mía. Tu mismo silencio y esos gemidos son una declaración. No te tomes el trabajo de hablar.

AGAMENÓN. —Pues me callo. ¿Para qué voy a añadir a mi desgracia la impudicia de la mentira?

CLITEMNESTRA. —Escucha, pues, ahora. Voy a hablar, y no ya por enigmas. Y ante todo, he de reprocharte esto: te casaste conmigo mal de mi grado y raptándome a la fuerza, después de matar a mi primer marido Tántalo y estrellar vivo contra tierra a mi hijo, arrancado violentamente de mis pechos. Los hijos de Zeus, mis hermanos, ilustres por los caballos, te hicieron la guerra; pero mi anciano padre Tindareo, a quien suplicaste, te protegió, y de nuevo poseíste mi lecho. Reconciliada contigo desde entonces, tú mismo puedes atestiguar que he sido para ti y para tu morada una esposa irreprochable, casta, que ha aumentado tus bienes patrimoniales. Y regocijándote en tu morada y fuera de ella, eras dichoso. Rara caza es para un marido tal mujer. ¡Además de tres hijas, he parido para ti este hijo, y quieres arrebatarme cruelmente una de ellas! Y si te preguntase alguien por qué quieres matarla, responde, ¿qué dirías? ¿Es preciso que hable yo en tu nombre? ¡Pues para que Menelao recobre a Helena! ¡Buena costumbre es la de redimir a una mala mujer a costa de nuestros hijos, lo más odioso por lo más querido! Pero, si partes para esa guerra, abandonándome en las moradas, y estás ausente mucho tiempo, ¿qué corazón crees que voy a tener en estas moradas desiertas, junto a la estancia vacía de la virgen, en la soledad, bañada en lágrimas y llorándola siempre? Diré: ¡Oh, hija!, ¡el padre que te ha engendrado es quien te ha perdido, quien te ha degollado, y no otra mano que la suya! ¡Esa es la recompensa que deja a su familia traicionada! No hará falta entonces más que un ligero pretexto para que yo y las hijas que abandonas te recibamos como conviene que se te reciba. ¡Por los dioses, no me obligues a ser tu enemiga, y no lo seas tú mismo para mí! ¡Oye! Degollarás a tu hija; pero ¿qué plegarias pronunciarás entonces? ¿Qué pedirás de bueno para ti, degollando a tu hija? ¿Sin duda un mal retorno, después de haber dejado tan vergonzosamente a tu familia? Y yo, ¿qué pediré de bueno para ti? ¡Ciertamente, sería creer insensatos a los dioses rogarlos por un parricida! ¿Y abrazarás a tus hijos, de vuelta en Argos? ¿Cuál de tus hijos va a mirarte, si has meditado matar a uno de ellos? ¿Has pensado en eso tú solo? ¿No debes pensar más que en llevar el cetro y en ser estratega? Te convenía decir con justicia a los argianos: “¿Queréis, acayanos, navegar hacia la tierra de los frigios? Echad suertes para ver quién debe hacer morir a su hija”. Esto sería justo; pero no que seas tú solo entre todos el que ofrezca para víctima a su hija. O si no, que Menelao mate a Hermione a causa de su madre, que asunto suyo es. ¡Y ahora, yo, que he respetado la fe nupcial, voy a verme privada de mi hija, y la que ha pecado, conservando la suya en Esparta bajo su techo, será dichosa! Responde a esto, y si he hablado bien, no mates a la que es hija tuya y mía, y serás cuerdo.

CORO. —¡Consiente! ¡Es bueno conservar a los hijos, Agamenón! Ningún mortal dirá lo contrario.

IFIGENIA. —Si tuviera la elocuencia de Orfeo, ¡oh, padre!, y si cantando pudiera persuadir a las rocas a seguirme y enternecer con mis palabras a quien quisiese, recurriría a ella; pero por toda elocuencia te ofreceré mis lágrimas, pues solo puedo eso. A tus rodillas pongo, como una rama de suplicantes, mi cuerpo, al que ha parido para ti esta mujer. ¡No me mates antes de tiempo, que es dulce ver la luz! ¡No me fuerces a ver las cosas que hay bajo la tierra! ¡He sido la primera en llamarte padre mío, y tú me has llamado hija tuya; he sido la primera en dar y recibir sobre tus rodillas caricias dulces! Y me hablabas así entonces: “¿Te veré dichosa, ¡oh, hija!, en las moradas de tu marido, viva y floreciente, como es digno de mí?”. Y a mi vez te decía yo, colgando mis brazos a tu cuello y oprimiendo tus mejillas con mis manos, como ahora: “Y yo, padre, ¿te veré envejecer en la dulce hospitalidad de mis moradas, devolviéndote los cuidados que tuviste para criarme?”. He guardado el recuerdo de estas palabras; pero tú las has olvidado, ¡y quieres matarme! ¡No! ¡Te conjuro a ello por Pelops, por tu padre Atreo, por esta madre que me ha parido y que sufre por segunda vez los dolores del parto! ¿Qué tengo yo que ver con las bodas de Menelao y de Helena? ¿Por qué, ¡oh, padre!, ha venido él para atraerme la muerte? ¡Mírame! Otórgame una mirada y un beso, para que, al menos, me lleve yo, al morir, una prenda tuya, si no cedes a mis palabras. ¡Hermano!, débil apoyo eres para tus amigos; llora conmigo, sin embargo, y pide, suplicante, a tu padre que no muera tu hermana. Los niños tienen alguna percepción de los males. ¡He aquí que te suplico en silencio, padre! ¡Piensa en mí, ten piedad de mi vida! Sí, los dos, que te somos caros, te suplicamos por tus mejillas, él un niño todavía, y yo adolescente. Lo resumo todo en una palabra, y convenceré: dulcísimo es para los hombres ver la luz; pero los muertos ya no son nada. ¡Insensato quien desee morir! Más vale vivir miserablemente que morir gloriosamente.

CORO. —¡Oh, funesta Helena!, ¡por causa tuya y de tus bodas, entre los Atreidas y sus hijos se produce una grave discordia!

AGAMENÓN. —Sé hasta qué punto hay que mostrar piedad, y hasta qué punto no tenerla. Amo a mis hijos; de otro modo sería un insensato. Estoy cruelmente afligido por atreverme a semejantes cosas, mujer, y también por no atreverme; pero, ¡tengo que realizarlas! Ved cuán numerosa es esta armada naval, y cuántos son los reyes de los helenos armados de bronce. No les será dable llegar a las torres de Ilios mientras no te sacrifique yo, como ha dicho el adivinador Calcas, ni les estará permitido derribar las ilustres moradas de Troya. Un deseo furioso arrastra a la armada de los helenos a navegar muy rápidamente hacia la tierra de los bárbaros, para impedir el rapto de las mujeres helénicas. Matarán en Argos a mis hijas, a vosotros y a mí, si no cumplo el oráculo de la Diosa. No es Menelao quien me obliga, hija, pues no le obedezco, sino que es la Hélade a quien tengo que sacrificarte, quiera o no. Somos impotentes en eso. Es preciso, hija mía, que la Hélade sea libre por ti y por mí, y que no sean despojados de sus mujeres los helenos por los bárbaros.

CLITEMNESTRA. —¡Oh, hija!, ¡oh, extranjeras!, ¡qué desdichada me hace tu muerte! ¡Tu padre huye de ti y te entrega al Hades!

IFIGENIA. —¡Ay, madre, madre! El mismo canto fúnebre conviene a nuestras dos fortunas. Ni la luz ni el esplendor de Helios serán ya para mí. ¡Ay, ay, selvas nevadas de los frigios y montañas del Ida, donde Príamo expuso en otro tiempo al niño Paris, arrebatado a su madre para una muerte funesta y llamado Ideo en la ciudad de los frigios! ¡Pluguiera a los dioses que jamás Príamo hubiese hecho criar a Paris, como boyero entre los bueyes, junto a los manantiales límpidos, allí donde se hallan las fuentes de las ninfas y la pradera verdeante y florida en que crecen la rosa y el jacinto para ser cortados por las diosas! Allá fueron en otro tiempo Palas y la astuta Cipris, Hera y Hermes, mensajero de Zeus; Cipris orgullosa del deseo que excita, Palas de su lanza, y Hera del lecho real del rey Zeus, para el combate de la belleza, juicio odioso que trae la muerte para mí y la gloria para los Danaidas; ¡es mi muerte, oh, jóvenes, lo que exige Artemisa como primicias para que se navegue hacia Ilios! ¡Oh, madre, oh, madre!, el que me ha engendrado, desdichada de mí, se ha ido, traicionándome y abandonándome. ¡Oh! ¡Qué desgraciada soy por haber conocido a la cruel y funesta Helena! ¡Me matan, perezco con la muerte impía que me da un padre impío! ¡Pluguiera a los dioses que nunca hubiese recibido Áulide en este puerto a las naves de espolones de bronce, a la escuadra con rumbo a Troya! ¡Pluguiera a los dioses que Zeus no hubiese soplado vientos contrarios en el Euripo, ya que tan pronto envía uno como otro a los hombres, a fin de que estos se regocijasen con sus velas henchidas y se quejasen aquellos, y los unos saliesen del puerto y desplegasen las velas, y los otros se quedasen allí rezagados! En verdad que la raza de los mortales está sometida a muchas miserias, y es fatal que siempre asuele a los hombres alguna desgracia. ¡Ay, ay! ¡La hija de Tindareo trae a los Danaidas grandes desastres, grandes dolores!

CORO. —Tengo compasión del destino lamentable que te está deparado. ¡Pluguiera a los dioses que no lo sufrieses nunca!

(…)

Recuperado de [Google Drive](https://www.google.com.co/url?sa=t&rct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=1&cad=rja&uact=8&ved=0CB4QFjAA&url=https%3A%2F%2Fdocs.google.com%2Ffile%2Fd%2F0B4LEcBH6gW0kSEg0aWlXaUhhX0E%2Fedit&ei=wosuVYSwMtHksATs6IDgDA&usg=AFQjCNHuoFSG_E5op7TR6OZMH2x184lyNA&sig2=yLauTk1w-CgINO4LocdgqA)